

La mirada ajena

Salvador Rueda Smithers

Verónica Zárata Toscano, *Una docena de visiones de la historia. Entrevistas con historiadores americanistas*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2004.

Historiadora que se ha movido con envidiable certidumbre en los laberintos culturales de la Nueva España durante el Siglo de las Luces, Verónica Zárata Toscano se aventuró por los territorios del presente. El balance de esa incursión, que conjuga la ciencia histórica y el periodismo, se ofrece ahora en el libro que me ocupa.

Sin equívocos, el título anuncia las circunstancias y el sentido del libro: son las palabras de doce historiadores que salieron de su hábitat vital y académico para conocer otras realidades, y que fueron captadas oportunamente para hablar de su propio quehacer a manera de reportajes; una docena de historiadores que se presentan al lector no especialista a modo de cuadros impresionistas. No el detalle, sino la pincelada general, para quienes se acercan a la historiografía sobre el amanecer del siglo XIX a través de un libro que abre una historia de la historia “basada en las articulaciones de la memoria y de la retórica” —para robar la frase a Georges Duby.

Con tonos ajenos a la solemnidad, el libro dibuja los rostros de autores a quienes los lectores podremos mirar como seres accesibles, sin el acartonamiento del

estereotipo erudito, y en sus ocupaciones e inclinaciones. Se trata de rápidos perfiles intelectuales que no pocas veces apenas se descubren detrás de las palabras bien cuidadas de escritos y traducciones, de engañosas notas de contraportadas, entre enjambres de conceptos edificados luego de años de estudio y discusión, y de imágenes puestas a prueba en la compleja reconstrucción del pasado.

Este es un libro fresco, ligero —o mejor, que se ajusta a la levedad como regla del ensayo moderno—, sin pretensiones exhaustivas, lejano a ciertas exuberancias eruditas que son, sin embargo, inútiles a lectores no especializados. Es un conjunto de conversaciones con el regusto de la informalidad, hecho en torno a pocas preguntas centrales que sirvieron de pretexto para manifestar puntos de vista espontáneos, de profesores que hablan acerca de su vocación docente y de su voluntad por hacer de la historia un asunto endemoniadamente serio. Un común denominador aparece en primera instancia: el más obvio, por supuesto, que ninguno es mexicano, y que todos se han atrevido a mirar horizontes que les son naturalmente ajenos. Tal es su virtud; Georges Duby confesó “que el historiador descubre inesperadamente gran parte de lo que busca cuando sale de su cuarto y mira a su alrededor”.

De igual manera, los doce historiadores se nos presentan sin la coquetería de muchas ego-historias que se asumen a manera de homenaje, ni con las parafer-

nalias un tanto pedantes de aquellos “figurantes de las liturgias del poder intelectual” de los que, con conocimiento atestiguado, también se quejó Duby, aunque, hay que señalarlo, también sin la amplitud de horizontes de la completa reconstrucción de recuerdos autobiográficos.

En riguroso orden alfabético desfilan las estampas impresionistas de Christon Archer, Xiomara Avendaño, Germán Cardozo, José Carlos Chiaramonte, Manuel Chust, François-Xavier Guerra, Brian Hamnett, Miquel Izard, Annick Lempérière, Fernando Pérez Memén, Jaime Rodríguez y John Tutino. El libro se dedicó a la memoria de François-Xavier Guerra, a quien debemos agradecer, según se desprende de su entrevista, que nos legara varios proyectos importantes para entender los rasgos del mundo contemporáneo.

Esta docena de historiadores extranjeros, con pretexto de un diálogo académico sobre las independencias en Hispanoamérica durante 1999, dibujaron para Verónica Zárata un breve paisaje historiográfico, abreviatura del enorme horizonte de estudios sobre la génesis de la historia moderna. Muchas coincidencias atan los diferentes discursos; sobresalen sus particulares combates contra la difusión de las historias oficiales —en algunos lugares todavía a flor de piel; en nuestro país cada vez más diluida, aunque no sin ser objeto de debate—, o la clara separación entre los resultados de la

investigación y la popularización del conocimiento del pasado.

Verónica Zárate preparó las entrevistas a manera de pequeñas pláticas informales, atrapadas por la oportunidad, y editó respetando formas de construcción verbal, reiteraciones y aun ideas fijas, propias de la comunicación verbal. Asimismo, y creo que como decisión editorial en favor del lector, completó las pláticas con pequeñas notas informativas a pie de página sobre personajes y obras que aparecieron circunstancialmente en cada plática. Este mismo criterio se descubre en la bibliografía que acompaña cada semblanza, selección de títulos accesibles a los lectores no especialistas que tendremos este libro a la mano. Es posible que con esta decisión, Zárate Toscano aceptara sacrificar la calidad literaria y la exactitud historiográfica a favor de la frescura. Sin duda, no faltarán las críticas, pero queda claro que sus lectores ideales, no especializados en temas independentistas y estudiantes que inician su aproximación a la historiografía, merecían esta toma de posición: en su lugar, devuelve la necesaria proporción humana a los responsables de muchas de las interpretaciones sobre el pasado continental, a quienes endurece el *pathos* de la distancia que nace de la intermediación del libro entre escritor y lector. La postura asumida por la editora Zárate Toscano recuerda que, finalmente, la historiografía es una construcción narrativa que busca imaginar y explicar sistemas y hechos pretéritos, construcción que tiene responsables de ideas y conceptos con nombres y apellidos.

En su nota introductoria Zárate explica los propósitos de estas historias mínimas, y nos recuerda de

paso su propia inclinación por el estudio de las gacetas y folletines en los momentos genésicos de la opinión pública. No se trata, en fin, de biografías sino de bocetos, de notas que procuran informar sin filigranas sobre autores que, por regla general, se presentan ante lectores que se mueven a ciegas.

En este caso, ninguno de ellos es desconocido. Se trata de autores extranjeros que han sido leídos y atendidos por los historiadores mexicanos. Su estatura intelectual, se nos anuncia, les ha permitido mantenerse sin “rendir tributo a la historia oficial. Es evidente que, a su manera, han contribuido a desmitologizar las historias nacionales, luchando contra la tiranía de la memoria oficial. Y combatiendo también esa memoria que se ha pretendido homogeneizar”.

Permítaseme repasar a cada uno de los historiadores americanos que conversaron sobre sus preocupaciones a finales de 1999.

Podríamos calificar como felizmente ortodoxo el origen vocacional de Christon Archer. Fue la geografía la raíz de su gusto por el pasado: evoca tempranas excursiones por una Columbia Británica cargada de nombres españoles, e imaginó a los expedicionarios que partieron de la Nueva España dando nombres propios a cabos, puntas y bahías en aquellos por entonces confines septentrionales. De esta primigenia curiosidad por explicarse el paisaje, y debo decir que con una nítida coherencia intelectual, se desdoblaron sus intereses por la historia del comercio de la cuenca del Pacífico, sus estudios sobre el mar —seductora porción del mundo, al que Braudel exigió imaginar en su temporalidad his-

tórica: espacio inmenso y no pocas veces hostil, vía y frontera de las correspondencias culturales, de los tratos comerciales y del ejercicio de la diplomacia. Fue el mar lo que después llevó a Archer al estudio del desarrollo y transmisión de agentes patógenos y de los efectos de la primera globalización de la historia, la biológica.

Archer igualmente se ha interesado en las tecnologías bélicas, componente indispensable del movimiento mundial de la historia. Platicó a Zárate: “Descubrí que en la historia de los humanos hay fronteras de varios tipos, de diferentes religiones, culturas, etc., donde tenemos constantemente conflictos [...] y el resultado generalmente es una serie de campañas y guerras” que influyen directamente en los cambios de comportamiento social. Asimismo, examina el perfil femenino en la guerra —como una de tantas historias relegadas— y su papel histórico en la logística, en la higiene y en la economía bélica.

Xiomara Avendaño, confiesa que su vocación nació no del asombro ante el mundo sino de las urgencias por conocerlo y transformarlo. En el contexto de la revolución sandinista, Avendaño vivió una historiografía que surgía de la coyuntura política. Sus desafíos, entonces, parecieron claros: rebasar los lenguajes de la historia armada de fechas conmemorativas y nombres propios, cargada de adjetivos y asumida como el gran y terrible juez. De igual manera, en los ámbitos académicos Avendaño ha atestiguado la insolencia de una historia fragmentada —hecha de retazos documentales que hay que ir anudando, para usar sus palabras, de “los pedacitos que quedaron del reino de Guatemala”, de las semillas de nación

que surgieron luego de la desagregación político territorial de la geografía guatemalteca.

Una pregunta pertinente para nosotros, de absoluta importancia vital para la historiadora, se desdobló en la vocación de Avenaño: “Si desde 1812, con la Constitución de Cádiz hay elecciones ¿por qué [...] no hemos todavía tomado el camino o la vía electoral para hacer cambios de gobierno en nuestros países?” Su conversación descubre el peso de la costumbre política secular, que no quebrantan —y quizá más bien refuerzan— las revoluciones y las utopías políticas hispanoamericanas.

Germán Cardozo Galúe, ofrece un relato que podría sintetizarse como “la importancia de la vida en la historia”, exacto reflejo inverso de la propuesta de Nietzsche en su consideración intempestiva. Fue el destino quien puso al estudiante Cardozo en el camino del polígrafo Agustín Millares Carlo, al medio día del siglo XX. Don Agustín Millares, profesor invitado en la Universidad del Zulia, con su primordial amor por los documentos, fue el punto de orientación original hacia la historia como profesión, que se formó en El Colegio de México en una memorable generación de doctorantes. Su interés —y según confesó, su obligación— desembocó en la formación de historiadores y en la organización y apertura de repositorios documentales. Su trayectoria profesional se nutre de compilaciones bibliográficas, ordenamiento de acervos, y estudios centrados en problemas y fenómenos regionales durante el esencial siglo XIX. Le ha tocado desmontar las concepciones centralistas de la historia oficial venezolana, en un proceso que nos ha sido familiar a los mexicanos, ante la carencia en Venezuela de historias generales

de los procesos sociopolíticos, económicos y culturales de la totalidad del espacio nacional; y cito: “la aplicación por analogía de esta [...] miope y distorsionadora visión con la cual aun hoy es posible toparse en recientes ensayos de historiadores y demás científicos sociales y en los programas y textos de los diversos niveles educativos, desde la primaria hasta la superior”.

A José Carlos Chiaramonte lo motivó el aristotélico asombro de las preocupaciones filosóficas. Antiguo marxista atento al “riesgo de la ortodoxia teórica” y el escolasticismo vergonzante e infructuoso de la precisión dogmática, en lo que él llamó “malversación política de la historia”. Estudió la influencia de los iluministas napolitanos en América; por vías distintas, encontró un tópico que ha permeado la mentalidad occidental: el alcance de ciertas lecturas en la creatividad artística y en las propuestas políticas sobre las ideas de mundo. Dijo Chiaramonte: “descubrí [...] que los nombres más famosos que nosotros siempre buscamos son a veces los menos leídos, y que los autores de mayor influencia real en los siglos XVIII y XIX son los de segunda línea, o entonces importantes pero menos conocidos hoy”. No otra cosa descubrieron, para distintas épocas y procesos, Robert Darnton —las lecturas que en realidad prefiguraron la Revolución francesa— y Carlo Ginzburg —y el papel de los polígrafos comentaristas de los textos humanistas en los programas iconográficos de Tiziano.

El investigador argentino encontró otros asuntos que hacen inteligible como fenómeno continental los procesos de independencia hispanoamericana: “Advertí entonces que, como había observado respecto a México y también

otras regiones, no estábamos ante unidades económicas que pudiésemos llamar mercados internos, economías nacionales, ni nada por el estilo, sino ante un mundo económico que se componía de espacios [...] restringidos, pequeños, unidos entre sí por flujos comerciales, pero donde lo más común era encontrarse con grupos de mercaderes que controlaban la vida económica de una ciudad y su zona rural anexa. Y que esto se correspondía con una vida social y con pocas formas de identidad local de las mismas dimensiones, y que luego de la independencia esta dimensión económica y social de la vida hispanoamericana va a tener mucho que ver con las tendencias autonómicas de las ciudades y luego de las “provincias”. Y lo que Chiaramonte calificó de su gran descubrimiento de los últimos años: “la autonomía relativa de cada provincia, pequeños organismos políticos que en un momento dado pretendieron ser independientes y soberanos. Durante el proceso de surgimiento nacional se confederaron y formaron las naciones modernas”. Esta interpretación global se ajusta, vale señalarlo, a la afirmación de Juan A. Ortega y Medina sobre la “siembra de intendencias, cosecha de naciones”. El historiador ha buscado la visión generalizadora de una historia comparativa que rompa con las miradas cerradas de las interpretaciones nacionalistas y su espíritu de campanario. Toca, asimismo, la difícil correspondencia de la investigación y la divulgación del conocimiento histórico. Afirmó que en “primer lugar, la historia es una disciplina [...] que necesita ser hecha con los requisitos propios de una disciplina científica. Por lo tanto, el producto puede no ser consumible por un

público amplio no especializado; de allí que la pretensión de torturar a los historiadores para que den un producto consumible para el público es [...] no necesariamente atinado. En la historia, como en la filosofía [...] sólo una concepción populista puede pretender que los trabajos filosóficos estén al alcance de todo el mundo”.

Para el valenciano Manuel Chust la pasión por la historia “devino primero en cuanto a docente, y más tarde, en cuanto a investigador”. Por ello, su conversación giró en torno a los problemas del conocimiento parcelado de una historia compartida entre España e Hispanoamérica. De manera particular, con rigor se ha aplicado al estudio de la correspondencia íntima, tensa y contradictoria, entre las hoy naciones distintas y separadas pero que dieron cuerpo al imperio español; no es casual, en fin, que se haya interesado en la política autonomista que sitúa entre 1808 y 1814.

El de François-Xavier Guerra fue un camino variado que comenzó por los estudios sobre el movimiento obrero francés y el primer periódico marxista en Francia, *L'Égalité* con el recuerdo injertado de la Comuna de París, los anarquistas españoles y la Internacional Comunista. Derivó a los estudios mexicanistas por indicación de François Chevalier. Son muy conocidos sus análisis sobre el régimen de Porfirio Díaz y el cambio revolucionario, en particular sus mecanismos íntimos hechos de ligas políticas, clientelismo, círculos de amigos y lazos familiares. Pero para entender al siglo XX había que mirar más atrás; encontró entonces que los “problemas esenciales de nuestras sociedades modernas se desplazaban del siglo XX al XIX, a esa época en la

que el mundo hispánico adoptó en muy poco tiempo unas referencias políticas modernas [...] sin que eso significara que la vieja sociedad desapareciera de golpe”. Buscó causas comunes que dieran inteligibilidad a las independencias hispanoamericanas como proceso global: “capté la extraordinaria unidad de la monarquía hispánica, que ya no podía considerarse como un imperio, sino como un conjunto político plural que mejor sería llamar, como era habitual entonces, las Españas”.

Guerra pone, en mi opinión, el dedo en la herida de nuestra propia manera de ser, en el “trauma de nuestra historia” para usar la calificación de O’Gorman: “¿cómo estudiar la importancia de los pueblos en su historia, sin situarlos a la vez en el gran conflicto de la desamortización de las corporaciones, [...] y en la continuidad con las antiguas estructuras comunitarias indígenas?”

Brian Hamnett es un estudioso de los mecanismos y componentes de esas entidades que urgen de una disección minuciosa, luego de décadas de pretender conocerlas detrás de su nombre y adjetivo político: los imperios. Historiador exigente, busca conocer la realidad que le es cercana, la del imperio inglés, entrando en los pormenores del español. Como los otros que componen este libro, Hamnett escogió como mirador un periodo determinado por el proceso de modernización: el siglo que va de 1790 a 1884, desde las raíces de la insurgencia —para usar el título de uno de sus libros más atractivos para el lector mexicano— hasta la época de Juárez y los perfiles del poder político que entonces se ejerció. Prefigura aquí un más hondo alegato contra las rígidas historias oficiales subordinadas a

los proyectos nacionales. Con ello marca una distancia, otra vez, entre el historiador y la infinidad de discursos interesados del pasado que justifican prácticas de gobierno y decisiones copulares.

Miquel Izard practica la historia como ensayo de la libertad. Se define como un historiador que no apuesta a saber cada vez más de cada vez menos —como resulta de cierto ejercicio extremo de la especialización. Por ello, gusta moverse sin dificultad entre 1492 y el final del siglo XX, y particularmente en el cinturón del mundo que ocupan Venezuela y El Caribe. Su atención se dirige a problemas historiográficos de fondo: combate las “historias sagradas” de todo signo, religiosas o patrióticas. Sin embargo, puedo adelantar al lector de esta *Docena de visiones de la historia*, concluye su conversación con una suerte de advertencia: su heterodoxia impide, dadas las reglas del patrocinio actual de la divulgación, que pueda ser leído como él se propone, como un libre pensador que no transige con las rigideces que imponen las estructuras de gobierno.

A Annik Lempérière, al igual que François-Xavier Guerra, le atrajo la coloración de América Latina por la inmensa vía de Chevalier. Pero también por la lectura dominante que desde fuera se hacía de esta porción del mundo y su realismo maravilloso —con un dejo romántico por las revoluciones latinoamericanas del mediodía del siglo, hoy paradoja de la historia, como creo que pudo calificarlo Nicola Chiaromonte—. Detrás de su conversación con Verónica Zárate, con fortuna, no se entreele ningún arrepentimiento por la posible ingenuidad de aquella aproximación, y sí una saludable ubicación personal contemporánea

que de paso enaltece a un Chevalier a quien no hemos acabado de agradecer su empuje vital por desentrañar las lógicas de nuestras historias. Y, de hecho, las argumentaciones de Lempérière en este libro descubren que encontró en el periodo de las guerras independentistas la posible raíz genealógica de las ideas corrientes al mediar el siglo XX. En sus palabras, lo “que más llama la atención en ese periodo son los fenómenos concretos de hibridación en el léxico político y en la simbología, la mezcla entre las prácticas antiguas y el vocabulario liberal, o al revés, el uso de conceptos de viejo cuño para describir realidades y prácticas nuevas. A este periodo de intensa hibridación lo llamé la ‘república barroca’ para señalar la presencia todavía abrumadora de las referencias y prácticas del antiguo régimen en la experimentación de la vida constitucional y republicana”.

Otras filiaciones dejan ver el interés común de casi todos los historiadores aquí reunidos: la importancia en promover las historias comparativas, no sólo comparadas —y esta diferenciación es lícita— para entender fenómenos y procesos de una historia más profunda de lo que las singularidades nacionalistas siquiera imaginaron.

Fernando Pérez Memén se enfrascó en una historia compleja: la de la institución eclesiástica y su papel político en el conflictivo periodo de la secularización del mundo occidental. Para explicarlas, recurre a la memoria personal, al recuerdo de las dificultades

de ser estudiante dominicano en México.

Jaime Rodríguez se formó entre las dispares personalidades de Daniel Cosío Villegas y Nettie Lee Benson. En ese no siempre terso paisaje, el historiador Rodríguez aceptó reconstruir una figura más complicada, personaje un tanto escurridizo que fue representante de México en Londres, el también ecuatoriano Vicente Rocafuerte. En su plática revela una preocupación de largo alcance —que respalda su concepto de historia—: por un lado, entender que América no debe ser vista como colonia sino como “una parte integral e igual de la confederación que era la monarquía española”; y por la otra, acción tal vez más perentoria, promover y difundir los estudios que ubiquen históricamente a la América española que a partir del siglo XIX se convirtió en la geografía sudoccidental de los Estados Unidos.

Al final del reportaje, el historiador estadounidense John Tutino alertó contra posiciones antiintelectuales que envuelven el conocimiento común de los norteamericanos con respecto a la historia hispanoamericana. Una suerte de egoísmo generacional, vale decir que universal, implica el olvido del pasado y la asunción no declarada del presente como el tiempo final de la historia. En este sentido, por ejemplo, no deja de ser crítico ante la importación de la democracia norteamericana a México —como parte del ejercicio cupular de una construcción utópica, sin duda ingenua y cargada de problemas—. Para Tutino,

acercarse a los estudios serios de los historiadores atajaría la simpleza de perspectivas y la banalización del pasado como seguro camino hacia el fracaso político. Entre otros puntos, habla de una tercera raíz política y cultural en la historia de los Estados Unidos, particularmente importante para entender la idiosincrasia de los pobladores de Texas, California y Nuevo México: la filiación española y posteriormente mexicana que se filtra por no pocas de las aristas y correspondencias culturales y políticas regionales.

Permítaseme, para finalizar, una breve reflexión. Se criticará, quizá, el carácter un tanto deshilvanado de este género mixto de conocimiento historiográfico y reportaje. Pero gustará la frescura de historiadores que hablan de sí mismos para dar noticia, no para armar los inconexos fragmentos de la memoria que dibujaran los signos de la identidad personal; en este libro no se persiguió la memoria, ese “desorden de posibilidades indefinidas”, como la entendió Borges. Queda, eso sí, la idea de coherencia intelectual compartida que hace de la escritura de la historia una precaria pero indispensable zona de orden, una estrategia discursiva que resulta eficaz no por estar “viva” sino por ser convincente. Pues tal vez, como señaló François-Xavier Guerra a Verónica Zárate, la historia no es un saber que sedimenta para permanecer “en el campo del conocimiento puro, sino que es un medio indispensable para la cohesión de una comunidad humana”.